LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

Año XXII. Num. 27.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario. — Paletot bordado. — Guarnicion de sombreros.— Trencilla y crochet.—Tres dibujos de tapicería para zapatillas, tapetes, sacos, etc.—Dibujo de tapicería para bolsa.— Vestido escocés visto por delante y por detrás.—Vestido con vaquero. — Cinturon. — Código penal de los marroquíes.— Leandro.—Explicacion del grabado de modas.—Mis tres vecinos.—Viaje de sir Edmundo Broomley.— Teatro Principal. —Problemas de ajedrez.—Geroglífico.

Paletot bordado.

Este paletot es un poco arqueado y no muy largo; la manga es de hombrera, y señala el codo: el paletot está cerrado con cuatro botones gruesos hechos al crochet con torzal negro de seda, rodeados por un cordon de pasamanería, guarnecidos de presillas que sirven de ojales, y adornados de caireles tambien de pasamanería. El bordado de los costados, faltriqueras, vueltas de las mangas, etc. se hace de trencilla cosida con seda.

Para hacerlo se emplean 4 metros y medio de reps de seda que tenga 85 centímetros de ancho, ó bien 2 metros y 35 centímetros de tela de lana de doble ancho.

Cada una de las partes se *corta dos veces*; la espalda tiene costura; el borde inferior y el de delante llevan al rededor una tira al sesgo de un centímetro de ancho, y de la misma tela que el paletot; esta tira se cose con un vivo, y se las pespuntea por el revés. El borde de las vueltas de las faltriqueras, el lado de las vueltas de las mangas y las hombreras, se guarnecen con una pasamanería de caireles que tenga 7 centímetros de alto; se la puede remplazar con guipur. En la abertura del cuello se ponen corchetes. Los *adornos en forma de pirámides*, colocados en los costados del paletot, tienen 41 centímetros de alto y 25 de ancho en su borde inferior.— Los botones son iguales á los que se colocan en el delantero.

Guarnicion de sombreros.— Trencilla y crochet.

La labor de que vamos á ocuparnos podrá destinarse á varios usos; adornará un sombrero de paja ó de tafetan; formará un cuello sobre las manteletas de verano, ó tambien sobre los corpiños montantes; y en fin, podrá ponerse el otoño sobre un sombrero de terciopelo. El dibujo grande representa un poco mas de la mitad del ala; el dibujo redondo es el adorno que ha de llevar el fondo del sombrero; este está representado finalmente con la guarnicion completa que conviene á todas las pajas, blanca, Habana ó gris.

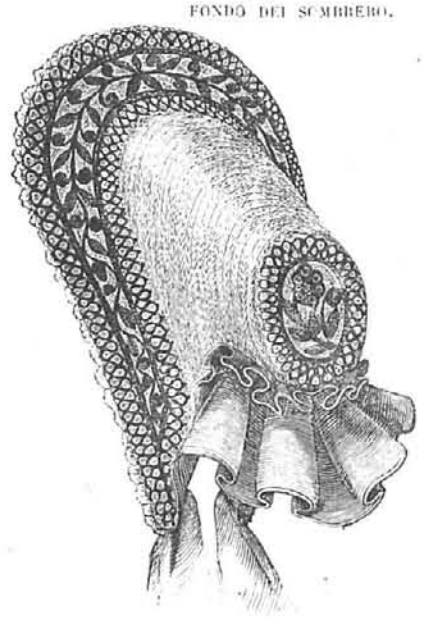
Se principia el ala por la guirnalda interior, hecha *al crochet* con torzal negro de seda muy grueso; cada hoja se hace por separado del modo siguiente: se forma una cadeneta de 6 puntos; sobre los cuales se vuelve haciendo 5 puntos-cadenetas,— despues un punto en el aire,—un punto-cadeneta en el punto en el que se ha hecho el último de los 5 puntos-cadenetas; el punto *en el aire forma la* punta de la hoja, y sobre este punto se hacen 2 en la vuelta siguiente. En el otro lado de los 6 puntos por los cuales se ha empezado la labor, se hacen 5 puntos-cadenetas,—un punto en el aire (formando la otra punta), — otro punto-cadeneta en el último de los 5 puntos que se acaban de hacer; se hacen en seguida 6 puntos-cadenetas hasta la punta,—un punto en el aire,—otro punto-cadeneta en el punto donde se ha colocado el último de los 6 puntos-cadenetas; en el otro lado 7 puntos-cadenetas, el último en el último punto,—un punto en el aire,—otro punto-cadeneta en *el último punto*,—*luego 8 puntos-cadenetas*,—un punto en el aire,—un punto-cadeneta (los 2 últimos puntos-cadenetas en el último punto), — 9 puntos-cadenetas, —un punto en el aire,—un punto-cadeneta en el último

PALETOT BORDADO, VISTO POR DELANTE Y POR DETRAS.

© Biblioteca Nacional de España

GUARNICION DEL SOMBRERO.

FONDO DEL SOMBRERO.



SOMBRERO CON LA GUARNICION.

punto, — asi sucesivamente hasta que la hoja tenga la dimension indicada en el dibujo, y sea mayor ó menor *segun el sitio que haya de* ocupar. La última vuelta se hace sin crecido en la punta; el lado sobre el que se trabaja se convierte en revés de la hoja.

Se calca el dibujo sobre papel que se hilvana sobre un papel fuerte; para obtener el dibujo entero, se calca primeramente la mitad que publicamos, se vuelve el papel, se trazan los contornos presentados por el revés; se calca de nuevo este revés, y se le coloca junto á lá primera mitad.

Se cosen ante todo las dos trencillas que rodean la guirnalda interior, luego las hojas y los tallos cuyos cabos se han cosido en espiral. Las hojas deben ponerse al derecho sobre el papel; se cosen en seguida juntas las filas de trencilla atravesándolas con seda negra muy fina, y se reunen del mismo modo las hojas con los tallos y la guarnicion de trencilla de al rededor. Se cose en seguida la guarnicion exterior, tambien de trencilla y se ponen tres *cuentas de azabache en el extremo de cada bucle*; otra cuenta de azabache se coloca en el centro de cada espiral en la guirnalda.

De la misma manera se ejecuta el fondo del sombrero; las hojas de la flor se rellenan, en el enlazamiento de la trencilla, con lijero boton de pasamanería negra semejante á una cuenta; se pueden remplazar estos botones por un calado de encage, ejecutado con seda gruesa, en el medio de la flor se ponen cuatro cuentas.

Tres dibujos de tapicería, para zapatillas, tapetes, sacos, etc.

Dibujo n.° 1.—Se le ejecuta con 7 gradaciones de un mismo color, principiando por el negro y concluyendo por el blanco, se compone de puntos largos, hechos sobre seis hilos de alto abajo; entre dos puntos de un mismo color se pone un hilo de intervalo.

Se hace primeramente con el blanco una raya ó lista compuesta de dos puntos, separados de los mismos puntos que se colocan encima por dos hilos del canevas; en la lista siguiente (color mas claro) se hacen los mismos puntos, pero encontrados, es decir, que estos puntos principian y acaban en el medio de los anteriores. El intervalo de los hilos que separa los puntos se cubre con cuentas gruesas ó con felpilla negra,—amarilla de oro,—gris ó por seda gruesa de Argel.

Dibujo n.° 2.—Se le puede ejecutar sobre canevas *fino ó grueso, segun se quiera, para tapetes de* hogar, sacos de viage, taburetes, etc. El punto está indicado en las diversas fases de su ejecucion; y por lo cual la especie de enrejado se hace con lana negra, con puntos transversales, cubriendo 9 hilos del canevas, y separados solamente por un hilo. En el sitio en que los puntos del enrejado (ó listas onduladas) se encuentran sobre la misma línea, se hacen 8 puntos exactamente uno encima de otro, despues 11. que principian y acaban un hilo mas allá de los 8 puntos rectos. El 11.° punto forma el primero de los 8 que deben hacerse en la misma línea, así se figuran medallones de 22 hilos de ancho y 29 de alto, los cuales se rellenan con puntos perpendiculares, ejecutados con tres gradaciones del mismo color; las tintas del dibujo indican la disposicion de estos colores; el medallon inferior, que está puesto á la izquierda del dibujo, deja vacío el canevas en el sitio ocupado por el color mas oscuro, á fin de que se puedan contar los hilos cubiertos por este color.—El medallon colocado encima deja vacíos los hilos ocupados *por el color mas* claro: con estas indicaciones se puede rellenar sin dificultad el medallon entero. La juntura de los puntos negros rectos está cubierta por cuatro puntos atrás, cada uno de ellos ejecutado sobre dos hilos del canevas con torzal de seda amarillo de oro.

Dibujo n.° 3 (particularmente á propósito para zapatillas, sacos y taburetes).—Las hojas se disponen por listas, alternativamente lilas y grises (formando el blanco el color mas claro de las hojas grises); cada hoja se compone de cuatro puntos de color; el mas claro de este color cuenta 5 puntos de aguja dispuestos en forma de abanico en la extremidad puntiaguda; se hacen dos puntos por cada lado con cada uno de los otros tres colores. El largo total de la hoja es de 22 hilos del canevas; el punto superior (hecho en línea recta) se ejecuta sobre seis hilos.—Los demás puntos retroceden cada uno dos hilos cerca de la vena de la hoja,—los mas largos (hay seis de ellos en cada lado) se hacen al sesgo sobre seis hilos á lo alto y á lo ancho.

El punto *recto*, colocado en el vértice de la hoja, debe hallarse en el mismo hueco del canevas en que *se encuentra la union de los dos puntos inferiores* que comienzan otra hoja. La vena es un solo punto hecho sobre diez hilos; se ejecuta este dibujo sobre el canevas *Penélope*, dividido en dos hilos juntos; se puede, sin embargo, buscar canevas ordinario, pero cuidando de no equivocarse tomando un hilo mas.

Dibujo de tapicería para bolsa.

MATERIALES.—Canevas n.° 16; lanas gruesas ó lanas comunes puestas dobles.

Se ejecuta este dibujo á *punto doble cruz*, que ya anteriormente hemos dado á conocer.

Este punto se ejecuta sobre cuatro hilos, tanto en ancho como en largo; se hace primeramente una cruz ordinaria al sesgo, despues sobre esta una cruz en línea recta que abraza la primera. Esta combinacion es muy fácil de reproducir.

La bolsa cuyo dibujo publicamos reune todas las ventajas; es bella, de ejecucion fácil, se hace muy pronto, y en fin se emplean en su labor todos los retazos de lana que se tengan. Los colores indicados para este dibujo se pueden sustituir con otros. El fondo es de Habana claro.

© Biblioteca Nacional de España

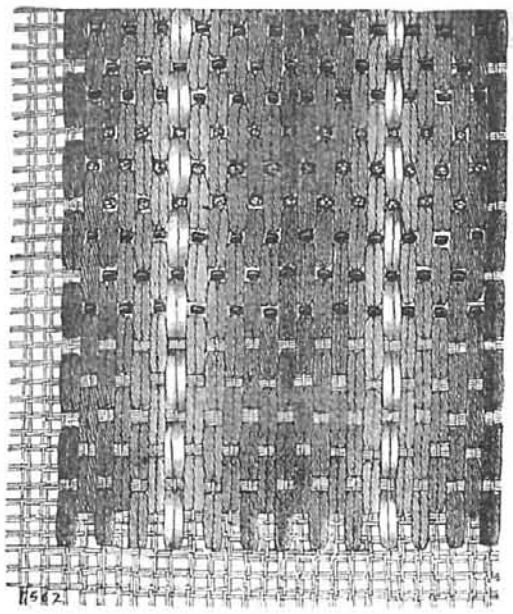
Vestido escocés visto por delante y por detrás, para niño de 3 á 5 años.

Nuestro modelo se hace de popelina de verano color lila, con filetes blancos formando cuadros. La tela se corta al sesgo, lo cual transforma los cuadros en losanges. El cuerpo del vestido tiene, desde el hombro, una abertura al sesgo que no se prolonga hasta el borde, de modo que este cuerpo, que es cerrado por abajo, se pasa por cima de la cabeza. La banda es de cachemira blanca, adornada con trencilla negra, y *guarnecida por un fleco blanco de* 14 centímetros de alto: el borde superior de este fleco está mezclado con seda negra. La manga (hecha en dos partes) se guarnece con un rizado de cachemira blanca; y en la costura exterior lleva botones negros; otros botones iguales á los dichos van puestos en el cuello, que es recto, y cuyo cuello se hace de cachemira blanca. Tambien son de esta última cachemira todos los vivos.

La enagua tiene 34 centímetros de largo, por 1 metro 96 centímetros de ancho: se forra de gasa fuerte y rígida, orillada por un vivo: se hacen diez pliegues dobles, armados *sobre una tira estrecha y recta de percal* blanco.

Para hacer el rizado de la manga, se corta una tira recta de cachemira blanca, que tenga 3 centímetros y medio de ancho, se la dobla por cada lado, de modo que se le deje solo 2 centímetros: esta tira se pliega por su medio, y al poner el rizado se cose al mismo tiempo una trencilla negra.

Para sujetar la banda, se hacen tres presillas de tela igual á la del trage, se las forra con gasa rígida, se la guarnece con un vivo y se las pliega. Una de estas presillas se pone sobre cada hombro, la tercera en el medio del corpiño por delante, asegurando uno de sus extremos debajo de la abertura.



N.º 1.—DIBUJO DE TAPICERIA.

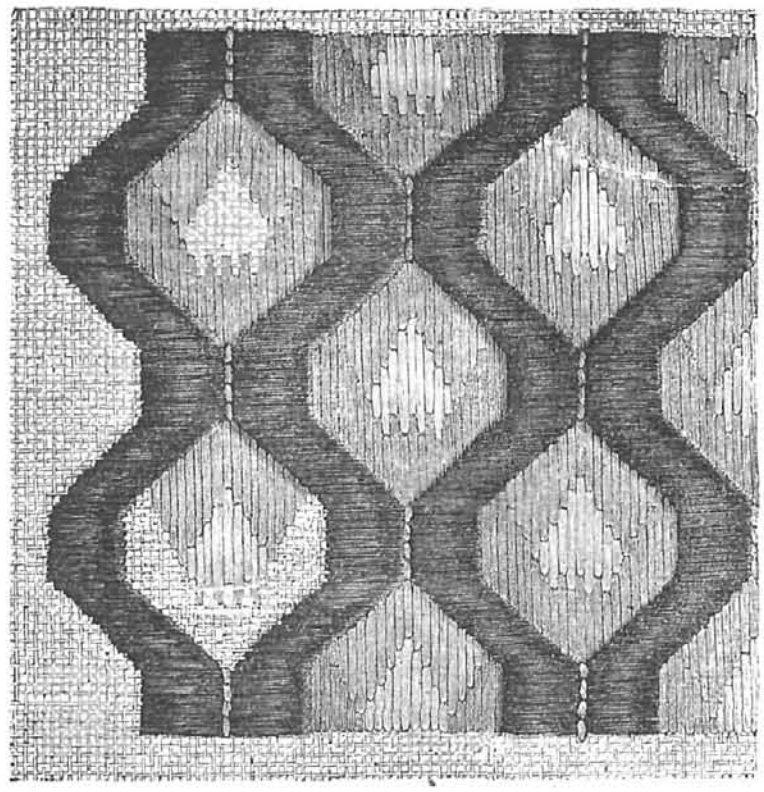
Vestido con vaquero para niño de 3 á 5 años.

Este vestido puede servir indiferentemente para niño ó niña. La enagua tiene 33 centímetros de largo por un metro y 68 centímetros de ancho; está forrada de gasa fuerte, y plegada á grandes pliegues dobles. Se hace de popelina de lana blanca y negra; el vaquero es de cachemira azul turquí, adornado con vivos blancos y terciopelo negro. El cinturon, el cuello y las mangas interiores son de la misma tela que la enagua, con vivos azul turquí, los puños de las mangas interiores son de cachemira del mismo punto de azul. Tambien se hacen las dos piezas de este vestido de popelina gris con cinturon, cuello y puños de cachemira grosella ó azul.

El cinturon es de cachemira, con vivos blancos y *adornos de terciopelo negro. Se le asegura sobre* la costura de las faldetas y se le cierra con corchetes.

Cinturon.

La moda de los cinturones con puntas se mantiene, y las alteraciones se manifiestan tan solo por la variedad de sus hechuras y accidentes, pero conservando la esencia de los cinturones.



N.º 2.—DIBUJO DE TAPICERIA.

El presente modelo, que servirá para las señoritas lo propio que para las señoras, es de terciopelo negro, pespunteado con seda blanca, y adornado con botones de acero tallados.

El cinturon se compone de dos partes; cada una de ellas se forra de tafetan negro. Los botones de acero se colocan en el centro de los cuadros esteriores formados por los pespuntes. Los corchetes deben ir puestos de tal modo que el cinturon cruce un poco.

CODIGO PENAL DE LOS MARROQUIES. (*)

Las penas ó castigos impuestos á los perpetradores de toda clase de delitos son extremadamente *horribles, y en verdad puede decirse que el código* penal marroquí nada tiene de tolerante ni humanitario. La pena que con mas frecuencia se aplica, y la que mas partidarios tiene entre los marroquíes es la del Talion; esto no obstante, hay muchas clases de castigos que se aplican frecuentemente, y de los cuales nos ocuparemos uno por uno.

El encierro-prision ó cárcel es el mas comun de todos los castigos, y tambien el mas humanitario; esta pena que la aplican generalmente los gobernadores á las personas ricas con el menor pretesto, se elude, ó mejor dicho, se suple con dinero, satisfaciendo una crecida multa pecuniaria que los culpables pagan con gusto á trueque de gozar de libertad. Como el sultan no tiene por buenos go*bernadores sino aquellos que mejores y mas cuan*tiosos regalos le hacen, los gobernadores se ven precisados á abusar de este castigo, con objeto de recaudar grandes cantidades y tener contento al emperador, á fin de que no los deponga.

Al propio tiempo hacen todo lo posible por enriquecerse, y de aquí la frecuencia con que aplican la pena de cárcel á aquellos á quienes tienen completa seguridad de *que han de permutarla por dinero.*

El azotamiento ó bastonada se aplica por detrás ó por delante segun la gravedad del delito. Comunmente se verificaba tendiendo al reo boca abajo; un sayon se sienta sobre su cabeza á fin de que no la mueva; otro le sujeta las piernas, y los ejecutores de la justicia, armados de su látigo ó rebenque que suelen llevar comunmente á la espalda, descargan sobre el paciente el número de golpes asignado, que en ningun caso puede pasar de 989, cuya cuenta se lleva con un rosario.

El reo, despues que ha sido tan horriblemente mortificado, se levanta á duras *penas, si es que le quedan fuerzas para ello,* y entonces los ejecutores de la justicia le piden el importe de su trabajo: ó tiene ó no tiene dinero; si tiene paga y asunto concluido; pero si no tiene se ve obligado á sufrir un determinado número de golpes y bofetadas que los ejecutores le aplican con la rabia que es de suponer. Si el reo es un ladron se le azota con la mano.

El barnizamiento consiste en desnudar completamente á los reos, cubrir sus carnes con miel y aceite, trasportándolos despues á un sitio donde haya muchos insectos y dejándolos expuestos á su furor.

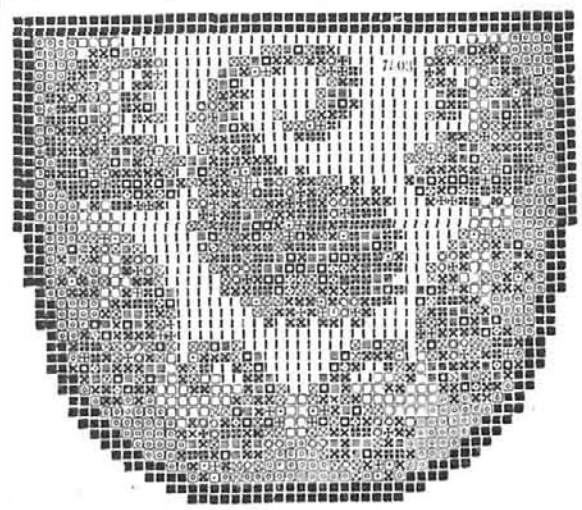
La fractura es un castigo tambien bastante horrible. *Apodéranse los verdugos del reo, le arrojan* al aire con fuerza, y al caer se rompen necesariamente el brazo izquierdo, la pierna derecha, etc. Tan diestros están ya los ejecutores y con tal maestria lanzan al aire á los reos, que estos al caer siempre se rompen el miembro designado por los jueces que dictaron la sentencia. Rara vez yerran el golpe.

La enclavacion es otro castigo si no tan terrible como el anterior, horroroso como todos. Consiste en clavar en las tapias de las plazas ó mercados públicos á los delincuentes: comunmente se les clava por las orejas ó las manos; pero los marroquíes sufren con tal imperturbabilidad este y otros castigos, que es muy comun, segun aseguran los viajeros, el pasar por una plaza y tropezar con un hombre que estando clavado á la tapia por las orejas fuma tranquilamente en pipa, burlándose de todo el que le mira.

El castigo de los gatos es algo divertido por lo grosero no obstante su ferocidad. Consiste en poner á los reos unos calzoncillos anchos y fuertes, dentro de los cuales se meten cuatro ó seis gatos furiosos que al verse allí encerrados pugnan por salir regañando unos con otros y rasgando con sus afiladas uñas la piel del delincuente.

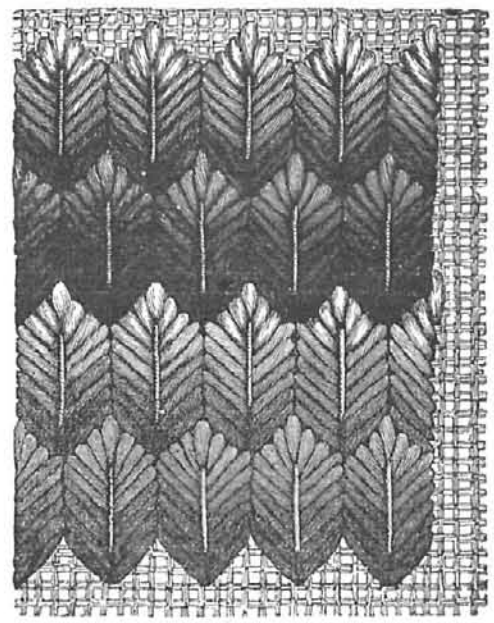
El entierro en vida es otro de los bárbaros castigos usados por los marroquíes. Consiste en abrir un foso perpendicular de la altura de un hombre y enterrar al reo dejándole fuera la cabeza, para que sirva de blanco á los verdugos que suelen pasar por encima de ella repetidas veces montados en caballos herrados *fuertemente. Los chiquillos tambien* se divierten tirando pedradas al reo, que suele no

(*) Artículo de la obra de nuestro ilustrado amigo D. Manuel Torrijos, titulada «El Imperio de Marruecos.»



DIBUJO DE TAPICERIA PARA BOLSA.

Explicacion de los signos: ■ Negro. ▨ Verde inglés claro. ✕ El mismo verde color medio. ▩ El id. oscuro. ▥ Amarillo de oro claro. ▦ El id. mas oscuro. ⊏ Castaño bronceado. ▤ Punzó. ▢ Cereza. ▣ Id. mas oscuro. ▧ Violeta claro. * Id. oscuro. ' Blanco. □ Gris claro. ▩ Id. mas oscuro.



N.º 3.—DIBUJO DE TAPICERIA.

© Biblioteca Nacional de España

sobrevivir á este horrible castigo aun cuando le desentierren pronto. Otras veces se les encierra vivos dentro del vientre de un buey muerto, muriendo generalmente de axfixia.

La mutilacion es otro castigo tambien horrible y se extiende á los pechos, orejas, piés, brazos y lengua, segun la clase ó gravedad del delito: á los ladrones de ámbos sexos, se les hace sufrir la mutilacion de ámbas manos; y á los cobardes en la guerra las orejas, que se ven obligados á guardar en la bolsa de las municiones.

Un soldado, despues de sufrir este castigo, no tiene mas remedio que suicidarse, ó huir del campo por no sufrir la contínua rechifla de sus compañeros. Los moros resisten con tal imperturbabilidad esta clase de castigos, que se ha visto en muchas ocasiones á los reos coger con mucho desenfado la mano que les habian cortado y echar á correr. —No siempre, sin embargo, se amputan las dos manos al ladron: el robo cuando no es de funcionarios, se pena con amputaciones proporcionadas al valor de la cosa robada: una oreja, dos, uno ó mas dedos, una ó dos manos, uno ó dos brazos, y por último, la cabeza, se separan del ladron segun la gravedad del robo y circunstancias con que se ha llevado á cabo. Estas ejecuciones se efectúan sin ningun aparato, en cualquier punto y á cualquier hora, sin mas que el paciente, el preciso operario y el juez. A pesar de esto Marruecos está infestado de ladrones.

Al horno solo se echan aquellos funcionarios que, habiendo robado, no quieren descubrir el sitio donde ocultan sus riquezas: generalmente son pocos los que sobreviven á esta pena, porque despues que han sido encerrados en el horno, se empieza á elevar poco á poco la temperatura hasta que mueren abrasados.

El palo es un suplicio horrible, pero que en Marruecos se usa pocas veces. Consiste en sentar al reo sobre un palo, colocado á una altura respetable y acabado en una agudísima punta. Este palo se va introduciendo poco á poco en las entrañas de la víctima hasta que le produce la muerte, en medio de los mas acerbos dolores.

Los garfios ó punzones son unos instrumentos acerados y agudísimos que se introducen por entre las uñas y la carne de aquellos á quienes se les condena por no prestarse á hacer cualquier revelacion. Este castigo es tambien muy horroroso.

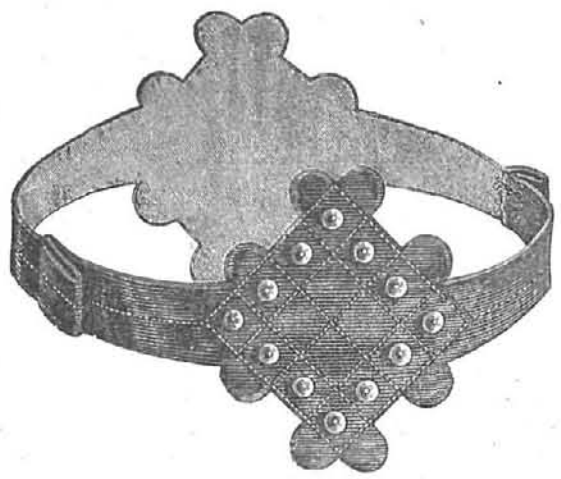
El castigo de la pólvora es tan bárbaro ó mas todavía que los anteriores. Consiste en cebar de pólvora la nariz, boca y oidos del sentenciado, aplicándole en seguida fuego. Calcúlese cuál será el horrendo tormento de los condenados á este suplicio.

El fuego es otro suplicio horrible, y solo su descripcion espanta. Hacen una hoguera pequeña en medio de la plaza, colocan al reo en medio de ella, van aumentando poco á poco las llamas, y el infeliz muere carbonizado dando tristes y espantosos alaridos.

Los reos son condenados tambien á otros horribles suplicios, entre los cuales el mas humanitario es la decapitacion; hay uno sobre todo tan horrible, que solo el referirlo asusta. Armado el verdugo de un cortante yatagan divide el cuerpo del hombre en dos ó mas trozos, haciendo la primera seccion por el vientre, y partiéndole de un tajo la columna vertebral. El descuartizamiento, como se vé, es aterrador.

VESTIDO ESCOCÉS, VISTO POR DELANTE.

VESTIDO ESCOCÉS, VISTO POR DETRAS.



CINTURON.

A las mujeres se les retuercen los pechos con tenazas, y hasta los niños son ahogados á vista de sus padres entre los brazos de fuertes atletas. Un rico mercader de Tánger á quien su amor al oro habia sostenido en medio de los mas crueles tormentos, no pudo resistir á la última prueba: esta consistió en encerrarle en una habitacion con un leon hambriento, encadenado de manera que pudiera alcanzarle con sus garras, á menos que siempre se mantuviera penosamente acurrucado en un rincon de la estancia.

La pena del Talion, volvemos á repetir, es la que con mas frecuencia se aplica, y aquellas de que se muestran mas partidarios los marroquíes.

La pena capital es en este imperio menos frecuente de lo que se cree, pues no suele aplicarse mas que á los contrabandistas y á los que se apropian fraudulentamente las rentas del sultan.

Estando terminantemente prohibido á los hombres el poner las manos sobre las personas del sexo femenino, y siendo preciso castigarlas en muchas ocasiones, en el imperio marroquí hay mujeres que aplican las penas que se les imponen, y que son conocidas con el nombre de Ahrifa, que quiere decir la tolerante. Esto no puede menos de traer á la memoria que los griegos llamaban tambien euménides (bienhechoras) á las furias mitológicas.

El adulterio tiene en Marruecos penas rigorosísimas, pero rara vez llegan á aplicarse, porque viéndose obligado el amador á probar el hecho por medio de cuatro testigos oculares de completa fe, y esperando por otra parte el castigo de ochenta azotes si no lo prueba, raro es el marroquí que se atreve á denunciar un adulterio aún cuando tenga las mas evidentísimas pruebas de que se ha cometido.

El homicidio premeditado tiene por castigo la pena capital, pero rara vez se aplica tampoco, porque siendo preciso que esté probado por testigos que no hayan comido jamás tocino ni bebido nunca vino, de ahí que sean pocos los testigos que pueden hacer constar de un modo evidente estas circunstancias. Si el homicidio es involuntario, se redime el delito pagando una suma de dinero que varía segun las circunstancias especiales del muerto, como posicion que ocupa, etc.; pero antes es preciso contentar y obtener el perdon de los parientes mas cercanos del difunto.

Cuando en una poblacion cualquiera se comete un homicidio y no se logra descubrir al agresor, la poblacion donde se cometió se considera obligada en masa á redimir por dinero aquel delito, para lo cual satisface la suma exigida por el emperador; así es que la policía en ciertos puntos de Marruecos anda siempre muy lista y especialmente cuando se comete un asesinato.

Las mujeres no sirven para testigos á menos que no gocen fama de santas, en cuyo caso su voto hace fe en juicio; pero si no, es preciso que se reunan seis ó siete mujeres para que entre todas compongan un voto de un hombre.

Los comerciantes que hacen bancarrota están obligados por la ley á manifestar lo que han hecho de sus bienes y sus mercancías; si se prueba que se han arruinado sin dolo ni culpa, quedan exentos de toda pena; pero si ha habido negligencia ó mala fé, los deudores son reducidos á prision hasta que satisfacen á sus acreedores.

En el tiempo de Muley Suleyman, dice el Sr. E. Calderon, se publicó sin embargo un edicto, por el cual se ordenaba que los hermanos ó parientes del fallecido en caso de insolvencia hubieran de pagar sus deudas y no teniendo, que el insolvente recibiese cada

VESTIDO CON VAQUERO PARA NIÑO DE 3 A 5 AÑOS.

© Biblioteca Nacional de España

mañana al salir el sol sendas bastonadas para recordarle su deuda.

MANUEL TORRIJOS.

LEANDRO.

(Continuacion.)

Pero en tanto que Leandro se entregaba á tan dolorosas reflexiones, su imaginacion de artista encontraba nuevas inspiraciones en los sucesos de aquella noche.

Trazó en su álbum dos dibujos al lápiz.

El uno representaba la Educacion religiosa bajo la imágen de una jóven enseñando á su hija, á quien tenia encima con las manos cruzadas, á murmurar el nombre de Dios, mostrándola el cielo. La mujer era de una hermosura interesante y modesta como él se imaginaba que habia debido ser la madre de Blanca.

La niña se parecia á la madre.

El otro dibujo representaba la Educacion moral, con las mismas figuras que ya tenian mas años. La madre estaba sentada con un libro abierto en la mano y pareciendo explicar á su hija, de pié delante de ella y muy atenta, los deberes que tenia que llenar en este mundo.

Cuando Leandro hubo concluido sus bosquejos, los examinó algunos instantes y luego cerrando su álbum exclamó:

—Todo esto vivirá un dia en un poco de tierra ó de mármol.

En breve una débil luz que asomaba en el horizonte anunció que la noche se acababa.

Poco á poco este resplandor se extendió, se hizo mas distinto y mas claro: en fin apareció el dia.

Con la luz vino la esperanza á reanimar á Leandro. Le pareció que el padre de Blanca debia vivir aun; que el recuerdo de su hija á quien amaba tanto, que las palabras que para animarle le habia dirijido, le habrian reconciliado con la vida.

Pero en breve cesaron sus dudas.

Algunos golpes dados á su puerta le anunciaron la presencia de una mujer que arreglaba la casa del artista.

—¿Sois vos, Francisca?

—Sí, señor; he tardado un poco; pero ¿qué quereis? una horrible desgracia...

—En efecto, traeis el rostro trastornado.

—¡Ah! motivo no falta.

—Pero ¿qué es?

—Un pobre jóven de treinta años apenas acaba de suicidarse no lejos de aqui.

—¡Se ha suicidado!... pero quizá es tiempo aun... no ha muerto... voy corriendo...

—Es inútil; está frio y helado como el mármol.

—No le hace... voy... quién sabe...

Leandro iba á salir y se detuvo.

—Mucho cuidado, Francisca... tengo familia en casa... una hermanita...

Y salió.

Francisca era una mujer de cuarenta y cinco años, viva, despierta, de una fisonomía agradable, llena de franqueza y de probidad. Poseia toda la confianza de Leandro y la merecia.

Cuando se vió sola, lo primero que hizo fué tratar de conocer á la hermanita que le habian anunciado. No se encontró poco sorprendida al descubrir una niña de tres años cuando mas, y cuyo lindo rostro llamó su atencion, pues al examinarla bien la pareció que sus ojos y su cabello se parecian á los de Leandro.

Entonces un pensamiento atravesó su mente.

—¿Será su hija? dijo para sí..

Mas en breve rechazó esta suposicion recordando que desde que conocia al artista le habia visto llevar siempre la vida mas retirada y estudiosa.

En tanto que Francisca prodigaba sus cuidados á Blanca, Leandro llegaba sofocado en medio de un grupo de unas veinte personas, entre las cuales se hallaba un hombre que parecia tener un carácter oficial, y que leia en alta voz un papel en estos términos:

«Me doy la muerte voluntariamente. Despues de haber asegurado la felicidad de mi hija, renuncio con gusto á la vida por ir á reunirme con mi pobre esposa.»

Leandro estaba silencioso con la vista clavada en aquel cuerpo descarnado, en aquella fisonomía enjuta que manifestaban los tormentos del hambre, cuando hubo un movimiento en el grupo; dos hombres habian levantado el cadáver y le arrojaban en una zanja que acababan de abrir, pues entonces no enterraban á los suicidas en el campo santo, como se hace actualmente.

El artista se alejó á paso lento y volvió á su casa con la dolorosa impresion que le acababa de causar aquel horroroso espectáculo...

. . . . . .

Trece años han trascurrido desde la noche fatal que habia cubierto con su sombra la trájica muerte de Cárlos Roger: estamos á 15 de noviembre de 1785.

¡Cuántos cambios ocurridos en este tiempo en la casa donde dejamos á Blanca que aun no tenia tres años, y á Leandro jóven de veinte!

El artista tiene hoy treinta y tres años, y se halla en todo el esplendor de su fuerza y de su rica inteligencia.

El hombre superior se ha revelado.

Blanca estaba en los diez y seis años, pero al ver su cabello negro y espeso, su rostro sereno y grave, su mirada profunda y melancólica, su cútis de un blanco mate ligeramente sonrosado y su fino talle á pesar de su robustez, se creeria que Blanca ha visto diez y ocho primaveras y que ha venido al mundo bajo el hermoso cielo de Italia ó de España.

Leandro es quien la ha educado, quien la ha instruido, quien la ha enseñado la virtud y la moral, no como un maestro á su discípulo, con demostraciones áridas, sino por medio de conversaciones íntimas, benévolas como las de una madre con su hija. Ciertamente la naturaleza habia dotado á Blanca de una rara inteligencia; pero está fuera de duda que el carácter grave y los serios discursos de Leandro contribuyeron mucho á desarrollar aquella inteligencia.

En una palabra, Leandro era artista, y Blanca lo habia venido á ser por la influencia de aquella comunion constante de pensamientos que existia, entre ella y él. No era artista por la ejecucion, pero sí por el gusto y el sentimiento.

—Hermana mia, la preguntaba á veces cuando habia concluido una estátua, ¿qué te parece esta obra?

La jóven se acercaba, guardaba silencio un instante y luego decia:

—Hermano mio, mira bien esa cabeza... conmigo ¿entiendes?

—Sí, sí, miro con tus propios ojos.

—Pues bien, partamos de la frente y bajemos, añadia sin apartar los ojos de la estátua y apoyándose en Leandro.

—En efecto, tienes razon, hay algo... no puedo precisar...

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

TRAGE DE TAFETAN COLOR DE TÓRTOLA. Lo bajo de la enagua está guarnecido con un volante encañonado de tafetan negro, de unos 6 centímetros de alto, sobre el cual vá colocada una guarnicion compuesta de entredoses de encage blanco y cintas de terciopelo negro; una guarnicion semejante adorna las mangas, y figura una berta sobre el corpiño montante.

TRAGE DE TAFETAN SULTANA (tela de lana y seda, color crudo). El volante que orla la enagua tiene 20 centímetros de alto. La guarnicion que corre sobre el volante se hace con cinta violeta y terciopelo negro.

© Biblioteca Nacional de España

—Mira bien... ¿qué dices de esa boca, de ese pliegue á la derecha?

—¡Ah! Sí, has adivinado, exclamaba Leandro con presteza. Toma y corrige.

Y ponia un cincel en la mano de Blanca.

—No dejes de mirarme, respondia esta; y su mano tocaba con delicadeza el sitio señalado.

—¡Basta! ¡basta! gritaba al punto Leandro; el defecto está corregido; ya ves que eres mas artista que yo.

—No, no, hermano mio; tú eres el artista, yo el aprendiz. Tú eres el espíritu, yo la materia; me mandas que tome el cincel y le tomo; me mandas que me detenga y me detengo.

—Eres un ángel, hermanita mia; yo no soy algo sino por tí.

La verdad es que desde hace algunos años Leandro se habia adquirido una gran reputacion de talento. El bienestar siguió á la gloria. Una circunstancia feliz vino á favorecer al uno y al otro.

María Antonieta se hallaba entonces en lo mas fuerte de sus gustos por los placeres campestres; y sabido es cuántos embellecimientos prodigó en el Pequeño Trianon. Como la reina era aficionada á los paisajes con bosques, rocas, grutas, lagos, casas rústicas, etc., los grandes y los pequeños señores no pudieron menos de ser aficionados tambien. La pasion por los jardines creció de punto, y con ella volvió la moda de los pastores y las pastoras, de los corderos y los perros: todo esto servia de ornato á los parques un poco extensos. De aquí resultó para Leandro mucho trabajo, y en pocos años, como hemos dicho ya, un bienestar verdadero.

Por eso todo habia cambiado de aspecto en su derredor; la casa y el jardin estaban desconocidos.

La casa se encontraba siempre en medio de los mismos terrenos sin cultivar en frente de la iglesia de San Luis, que se alzaba á lo lejos frente á ella: pero ya no tenia el aire miserable de otro tiempo. Ahora se enorgullecia en su tejado encarnado, con sus ventanas verdes y la pequeña imágen de la Virgen María, obra de Leandro, colocada en un nicho en medio de la fachada, contra la ventana del cuarto de Blanca para que la santa Madona la protegiera.

En cuanto á las disposiciones interiores, no habian recibido modificaciones, únicamente habian sido mejoradas.

En el piso bajo habia dos piezas; la una servia de estudio á Leandro, y la otra mas pequeña se hallaba convertida en pajarera, donde los pájaros de la vecindad iban á buscar un refugio durante el invierno, pues entonces la manita de Blanca esparcia sin cesar delante de ellos el pasto cotidiano que la inclemencia de la estacion les negaba.

Cuando venia la primavera, los pajarillos se volvian á sus nidos en los bosques, prometiéndose repetir la visita á los primeros frios.

En el piso principal habia otras dos piezas, que eran los cuartos de dormir.

El de Leandro se abria sobre el bosque en la soledad y en el silencio.

El de Blanca daba á la parte de la ciudad, á la parte del movimiento y de la vida.

Se llegaba á este piso por una escalera practicada al exterior en el jardin, y que desembocaba en una especie de plataforma que servia de belvedero y de vestíbulo al cuarto de Blanca.

Nada mas gracioso en el verano que el espectáculo de ese belvedero y de esa escalera invadidos y cubiertos de floridas enredaderas que ostentaban al sol su mosáico de flores y de verdura. Allí pasaba la jóven sus mañanas de estío respirando el aire fresco de la selva.

En el jardin todo aparecia risueño: á pesar de su poca extension, nada faltaba en él: el parterre, los árboles frutales, las hortalizas y un pequeño estanque donde algunos peces de colores iban y venian vivos y alegres. A la entrada por la puerta de la calle un emparrado y debajo de él un banco de musgo siempre fresco; á la derecha un pozo abierto con el cubo siempre dispuesto á bajar para ir á buscar el agua que dá la vida á la planta: á la izquierda hácia el fondo un pequeño pabellon rodeado de lilas, para descansar á la sombra durante los fuertes calores. Las paredes desaparecian entre los árboles. Una yedra inmensa llena de fuerza y de vegetacion se habia apoderado de la pared del fondo, envolviéndola enteramente con su abundante follaje, así como una puertecilla que daba al bosque y cuya existencia era imposible sospechar ahora.

El jardin se hallaba dividido en dos partes por una calle angosta por donde Leandro y Blanca no podian pasar de frente, sino estrechándose el uno contra el otro como tenian costumbre de hacerlo cuando por la tarde en la calma de la soledad, y no teniendo mas testigo que su conciencia, elevaban su alma hasta Dios y la hacian mejor en conversaciones graves y suaves á la vez.

Cada cual tenia su parte de trabajo en aquel fresco oasis. A Blanca le tocaban las flores, las plantas delicadas, los pájaros y el estanque. Francisca que habia cumplido sesenta años, barria la calle del jardin y cuidaba las hortalizas. Leandro se encargaba de las tareas mas pesadas; removia la tierra en torno de las plantas y de los arbustos; podaba la parra y los árboles frutales, sacaba el agua del pozo y regaba.

Tal es la existencia que Leandro se habia logrado hacer por su talento; una existencia apacible, feliz, toda interior, consagrada por mitad á sus afecciones de hermano por su hermana y á sus afecciones de artista por su arte.

Leandro se consideraba muy dichoso.

II.

Un dia le pareció á Leandro que la felicidad que poseia no era la felicidad, ó al menos aquella á que podia aspirar.

Blanca se hallaba á su lado, y como él estaba silenciosa.

Leandro la miraba fijamente: Blanca era el genio de sus buenas inspiraciones, y esperaba que aquella dulce fisonomía le diese á conocer la verdad que buscaba.

Al punto se sintió extremecer; pareció acordarse por primera vez que Blanca no era su hermana.

Bajo la influencia de este recuerdo, se halló en la posicion de un hombre que sale de un sueño horroroso.

Esta especie de revelacion que el artista se acababa de hacer en voz baja, en el silencio de su corazon, le sumerjió un momento en la turbacion y en la tristeza. Pero en breve sobrevino la calma: su alma se sintió enagenada y experimentó sensaciones que le eran desconocidas hasta entonces.

Blanca se mostró á él, no como la habia visto hasta ahora, sino tal como era.

(*Se continuará*.)

MIS TRES VECINOS.

Tengo un vecino, lectores,
que es aprendiz de trombon,
otro que araña el violin
y otro que toca el violon.
Vive y estudia el primero
sobre donde duermo yo,
debajo habita el segundo,
y al costado el del violon.
Por la mañana temprano,
apenas asoma el sol,
cada *quisque* su instrumento
empuña y, sin compasion
á los pacientes vecinos
que duermen, toman el son
hasta las diez ó las once
que concluyen la funcion.
Es una cosa insufrible
el conjunto atronador
de los tres hijos de Euterpe
en *desacordinacion*.
El uno ensaya una polka,
cuando otro sopla un rondó,
y aquel surce al mismo tiempo
un villancico que oyó.
Fatigado é impaciente
de esta *des-musicacion*
que me tritura el oido;
huye el sueño embriagador.
¡Esto pasa un dia y otro
y ciento y mil y un millon!...
¿Habráse visto jamás
un suplicio tan atroz?
Toca el violin: rim, rim, rim.
Suena el trombon: pom, pom, pom.
Y con sones muy pausados
rum, rum, rum: zumba el violon.
¡Malditos vecinos,
maldita aficion!

La otra mañana no pude
contener mas mi furor,
y me bajé de la cama
con infernal intencion.
¡Eh! ¡vecino, vecinito!
¡don Braulio, el del trombon!
(decia yo con tiereza
y gritos de vendedor,
dando golpes en el techo
con un palo de escobon)
¿quiere callarse un momento
que apenas las cinco son
y no he dormido esta noche?
Hombre! vecino, por Dios!
basta ya de trompetazos!
Y él seguia su: pom, pom,
pom, pom, pom, ensimismado
sin escuchar mi clamor.
¡Don Basilio, caballero!
vecino, por compasion!
(al del violin le decia,
dando golpes con ardor
en el suelo de mi alcoba)
¿quiere V. callar señor
ese violin, que me rae
las tripas y el corazon?
¿No me oye V., don Basilio?
¡se lo pido por favor!...
Pero ¡quiá! él impertérrito
continuaba su cancion
de: rim, rim, rim, rim, rim, rim,
sin atender mi dolor.
¡Caballero, — dije al otro,—
¡Señor D. Pantaleon!...
¡vecinito de la izquierda
el que maneja el violon!...
(dando fuertes puñetazos
en el muro mediador)
¡por San Cosme y San Damian!
¿quereis hacerme el favor
de suspender por ahora
la solfa y el mi, fa, sol,
de ese maldito instrumento
que parece un moscardon?...
¡que estoy un poco indispuesto!...
¿Me oís, D. Pantaleon?...
y mi vecino seguia
zumbando con su violon
rum, rum, rum, rum, rum, rum, rum...
sin contestar á mi voz.
Desesperado, rabioso
de mi triste situacion,
daba golpes en el techo,
en el suelo y paredon,
gritando furiosamente:
¡Miserables! ¡vive Dios!...
¿acabareis vuestra jerga?
¿no se os cansa el pulmon?
¿ni las orejas os zumban,
ni os hartais de tanto son?
Pero yo me vengaré,
daré parte al celador,
al juez de primera instancia,
iré hasta al gobernador.
Y ellos con su algarabía
respondian á mi voz:
rim, rim, rim, rim, rim, rim, rim,
pom, pom, pom, pom, pom, pom, pom,
y zumbaba lentamente
rum, rum, rum, rum, el violon
¡Mancos os quedeis,
permítalo Dios!

Quisiera mejor oir
el redoble de un tambor,
el ruido de diez carros,
el mugir del aquilon,
el rechinar de cien puertas,
el estruendo de un cañon,
el doble de los difuntos,
el susurro del moscon,
el canto de una chicharra,
de los grillos el rumor,
el maullido de los gatos,
el rugido del leon,
los truenos de mil tormentas,
los tiros de un batallon,
los mazos de tres batanes,
los golpes de un herrador:
¡cualquier cosa! ¡cualquier cosa!...
menos el suplicio atroz,
monotóno, indescriptible,
pesado, marcador
del rim, rim, rim, del violin,
del pom, pom, pom, del trombon
y del rum, rum, rum, rum, rum,
del insufrible violon,
de aquellos tres asesinos
que vecinos mios son!
Que matan mi oido,
que ahogan mi voz!

Cádiz, Junio, 1863.

V. R. y D.

VIAJE DE SIR EDMUNDO BROMLEY

EN BUSCA

DE UNA TAZA DE TÉ.

(Continuacion.)

Yo esperaba tambien mi turno hacia diez minutos, cuando un mozuelo de unos quince años, que se asemejaba prodigiosamente á un mico, acertó á salir de la tienda. Le enseñé mi carta de introduccion y le hice señal de que estaba dirijida al honorable Lao-Pé. El muchacho la tomó, y volviendo á entrar al punto en la tienda, se la entregó al letrado. Este, despues de haberla leido, dijo algunas palabras á la jóven china, se levantó de su sillon de caña con tanta precipitacion, que estuvo á pique de derribar la mesa, y salió á mi encuentro prodigándome los mas humildes *tchin tchin*, á los cuales respondí yo lo mejor que pude. Luego me dirijió un cumplido que oí con el recojimiento y gratitud que la urbanidad exigia. Así que concluyó el muchacho que estaba á su lado se inclinó hasta el suelo, y con una voz chillona me dijo en buen ingles:

—Mi abuelo dá gracias al cielo, que sin tener en cuenta que es indigno de tal favor, ha querido regocijar el invierno de su vida trayendo á su casa un huésped que se halla tan por encima de los hombres ordinarios, como el olmo lo está sobre la planta del arroz; y si su primogénito consiente en atravesar el umbral de su miserable casa, todas las flores de la felicidad perfecta se abrirán en el corazon de Lao-Pé.

Mi contestacion fué la siguiente:

—La acojida del venerable Lao-Pé, ilustre entre todos los letrados, extasía mi alma con el goce mas puro: el aspecto de su rostro tiene mas encanto para mi vista que el del cielo cuando despunta la aurora; el sonido de sus palabras es mas agradable á mis oidos que la lluvia que cae sobre el musgo despues de un ardoroso dia de verano; el deseo de entrar en su hospitalaria morada me consume como la llama consume la antorcha: pero no quiero incurrir en el odio de aquellos que asedian su puerta atrasando el feliz instante en que podrán aprovecharse para sí de los prodigiosos talentos con que los dioses se han complacido en adornar á mi primogénito. Volveré á visitarle esta tarde cuando pueda perder un rato con su segundo, sin perjudicar demasiado á sus conciudadanos.

Esta frase dicha de un tiron y traducida por el mozuelo de cara de mico pareció trasportar de júbilo al honrado memorialista. Sus ojos brillaron de placer á pesar de los esfuerzos que hacia por aparentar que estaba confuso. Me colmó de nuevos cumplidos que duraron un cuarto de hora, y luego de repente, tomando un

© Biblioteca Nacional de España

aire compungido, me habló con una voz triste y casi suplicante. Evidentemente me manifestaba el sentimiento que le cabia por mi resolucion de no entrar en su casa en aquel momento y trataba de vencerme; pero con gran satisfaccion de la clientela de Lao-Pé, que comenzaba á mirarme de reojo, hice un movimiento de retirada y emprendí mi marcha hácia atrás multiplicando los *tchin tchin*, las sonrisas y las inclinaciones de cabeza. Sin embargo, como á medida que yo retrocedia mi hombre se creia obligado á adelantar por política no me ocurrió otro expediente, para poner término á aquella *escena, que el de plantarle las dos manos sobre los* hombros para hacerle estar quieto. Lao-Pé se decidió á otorgarme mi libertad, pero no quiso dejarme salir sin agregar á mi persona á su nieto, el jóven Tsia, en calidad de intérprete y de cicerone.

Este mozalvete quiso enseñarme no sé cuántas pagodas y palacios cuyas magnificencias me ponia en las nubes; pero yo habia llegado á la China con otro pensamiento que el de admirar semejantes grandezas, y pedí á Tsia que me condujera á la mejor tienda de porcelana de la ciudad.

El tendero era un hombre rechoncho cuyo vientre abultaba *mucho mas que el de sus principales figurones*. Le mostré los pedazos de la taza rota que siempre llevaba conmigo, y Tsia le explicó lo que yo buscaba. A esto respondió que no tenia una taza como aquella en su almacen, pero que si existia una sola en Shang-hai, no dejaria de tenerla al dia siguiente á la misma hora.

Yo dí mi palabra al repleto personaje de que si podia descubrirme lo que buscaba, no repararia en el precio, y para probarle que podia contar con lo que decia, le compré un servicio de té por lo cual le dí lo menos diez veces mas de su valor, á pesar de las miradas y las señales muy significativas de Tsia.

cortinillas se corrieron, y los mozos continuaron su marcha.

No habia yo tenido tiempo para distinguir las facciones de aquellos elevados personajes, pero en breve tuve el placer de contemplar detenidamente sus augustos rostros en casa del pintor mas célebre de Shang-hai, que es uno de los amigos de Lao-Pé, y á quien Tsia me hizo el honor de presentarme.

Las imágenes de los Excmos. señores el gobernador militar y el gobernador civil tenian una expresion como de personas extraordinariamente preocupadas con cosas *desagradables, y estuve á punto de escribir debajo de* cada uno de aquellos retratos: *Funcionario esperando su destitucion.*

Hemos entrado en el palacio de un mandarin á quien Tsia suele servir de secretario.

¡Ah! todo era bonitísimo en este jardin: los céspedes, los senderos, las rocas, las cavernas, los arbolillos cortados en forma de leones, de dragones y de tigres; los peces de colores en sus estanques azules adornados de tiestos de flores; todo estaba cuidado con esmero, todo provocaba una admiracion incesante.

El jardin del té, adonde luego me llevó mi jóven guia, *es en cierto modo el Vauxhall de Schang-hai. Los chinos* acuden allí para divertirse con los titiriteros, que ejecutan sus habilidades á los sonidos del yu-kam, del tatong, del yung y del sam-siu. Pero aquel dia los habitantes de Shang-hai pensaban en otra cosa que en la música, los saltos peligrosos y demás proezas; los volatineros y los instrumentistas, desconfiando de la entrada, habian juzgado á propósito reservar sus talentos para mejores dias, y no vi en el jardin del té mas que á un hombre que pescaba con caña debajo de un puente, y á un francés que le fotografiaba.

El pescador me pareció el símbolo vivo de la indiferencia filosófica.

El francés tenia un semblante simpático; yo me acerqué saludándole.

—*Your servan sir*, me dijo devolviéndome mi saludo; *do you espeak french?*

—Un poco respondí.

—¡Ah! muy bien; permitidme que me presente yo mismo; me llamo Legrand.—Como todos los europeos *que habitan* Shang-hai, soy comerciante, y en mis ratos de ocio toco el violin, hago estatuillas, colecciono curiosidades y me entretengo con la fotografía.

—Yo soy sir Edmundo Broomley, le dije, y estoy haciendo en la China un viaje de recreo.

Esto no era verdad; pero ¿cómo confesar á un hombre á quien se vé por la vez primera que se han hecho seis mil leguas en busca de una taza de té?

—Habeis venido por gusto, repuso M. Legrand; pues habeis hecho bien. La China es un pais encantador y muy divertido. Yo quiero dar al mundo una China estereoscópica que cabrá entera en un bolsillo de la *dimension ordinaria, pero mi plan presenta algunos* peligros.

—¿Peligros? decís.

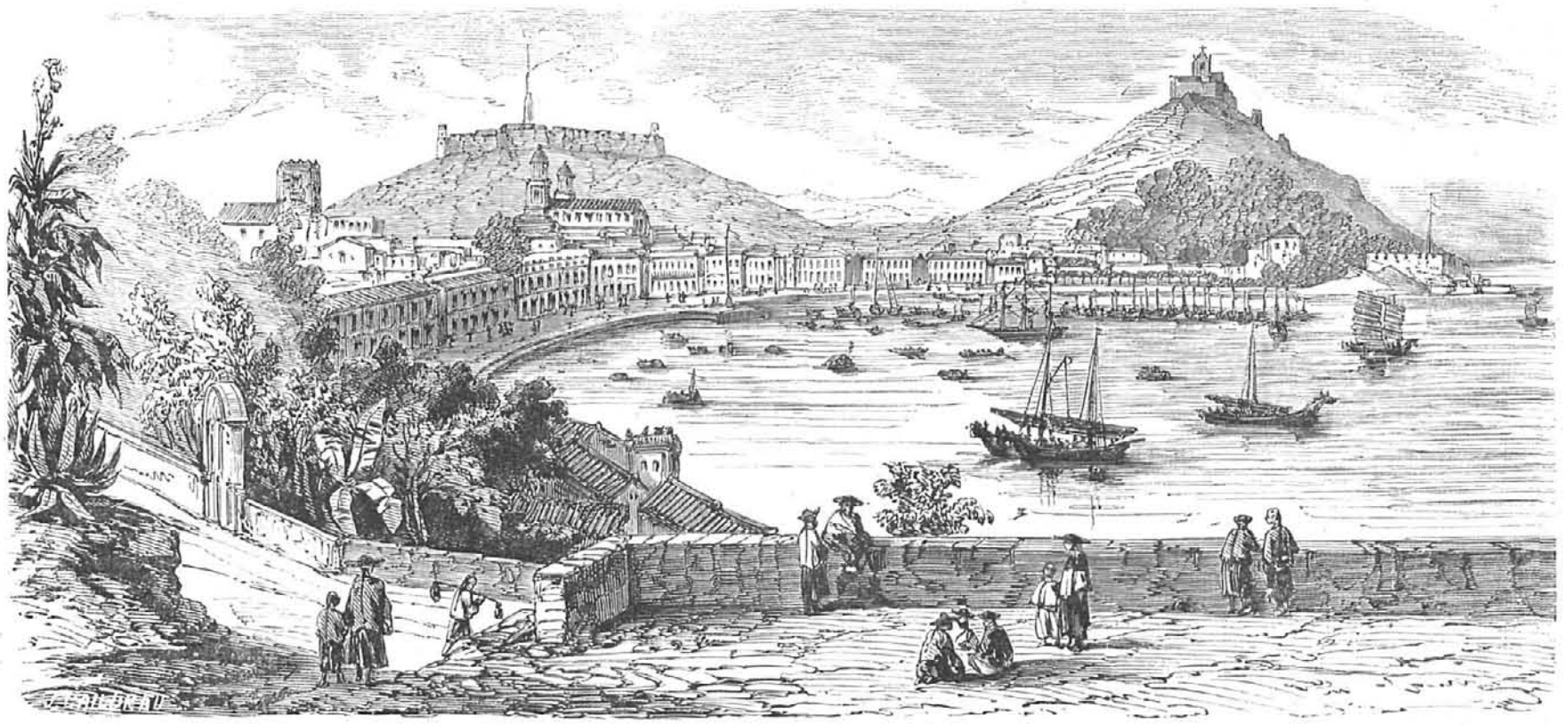
—Seguramente. No todos los hijos de la Tierra de las flores se dejan fotografiar con la paciencia de aquel pescador. En Ning-po los habitantes han tomado el cilindro de mi objetivo por un cañon, y figurándose que yo trataba de destruirlos, me asaltaron á pedradas. Yo me he vengado de ellos sobre los mandarines de Shang-hai.

—¿Y cómo ha sido? le pregunté.

—Uno de mis amigos me habia enviado para vender aquí una gruesa de ciertos instrumentos que los ingle*ses no conoceis, que no existian en tiempo de* M. Argant (el M. Argant de Moliere), y que el digno enfermo habria sabido apreciar en lo que valen... ¡Oh! señor mio, no os pongais encarnado, que no precisaré mas los tales instrumentos... «¡Oh! ¡oh! mi amigo se ha engañado, exclamé al ver llegar la pacotilla; esto no tiene salida en el Celeste Imperio, pues ante todo seria preciso convencer á los chinos de la excelencia de la medicacion por los emolientes; ahora bien, como la cosa seria muy larga, devolveré el cargamento á su dueño á la primera ocasion que se me presente.» Y entre tanto guardé en mis armarios ciento cuarenta y tres de aquellos objetos; el que faltaba no cabia, y así fué que se quedó en mi *comedor.*

—¿En vuestro comedor?

—Sí, no estaba en su lugar, pero el caso es que me sirvió admirablemente. Poco tiempo despues vinieron á comer conmigo tres mandarines, un boton blanco, un boton azul y un boton encarnado. Los ilustres personajes se dieron copiosamente á los vinos de Francia, y á los postres estaban alegres de un modo extraordinario. Uno de ellos descubrió en un rincon el instrumento que persisto en no nombrar, y me preguntó: «—¿qué es eso?» —Una idea repentina cruzó mi mente.—«Vais á verlo,» le respondí. Me levanté, tomé el objeto, le puse sobre *la mesa y vacié dentro de él dos botellas de champaña;* luego apreté sobre un resorte, y el vino saltó con fuerza, y cayó haciendo espuma en las copas que mis convidados alargaron con hurras entusiastas. Ocho dias despues todo el cargamento se habia vendido, y entre las principales casas de la ciudad. Un letrado ha inventado para designar el instrumento una perifrasis que significa literalmente: el pequeño templo maravilloso del perfecto licor chispeante.—Hé ahí cómo los mandarines de Shang-hai me han vengado de los habitantes de Ning-po.—He concluido mi retrato del pescador; ¿os agradaria venir á descansar un instante en mi casa?



NOVELA.—VISTA DE LA CIUDAD DE MACAO.

La ciudad de Shang-hai estaba muy alarmada y agitada en aquel momento. Varios correos habian traido la noticia de recientes victorias alcanzadas por los rebeldes, cuyas avanzadas, segun dicen, se hallaban á doce ó quince millas de Shang-hai. Con tales boletines, las calles estaban atestadas de mandarines asustados que marchaban á toda prisa, pálidos y trémulos, de ricos comerciantes que emigraban con sus muebles, sus mercancías y sus tesoros, y de personas de cara consternada ó aire sospechoso que leian y comentaban los manifiestos de los generales taepings, pegados en las esquinas durante la noche por partidarios ocultos, y en los cuales se llamaba á los habitantes á secundar la insurrecion.

Una partida de tropa bastante numerosa, aunque un tanto en desórden, que venia delante de un hermoso palanquin, nos cerró el paso.

—¿Qué es eso? pregunté á Tsia.

—Es el gobernador militar que vuelve de pedir á los cónsules inglés, francés y americano el apoyo de los extranjeros contra los rebeldes, me respondió el chico, despues de haber preguntado á un barbero ambulante. —El pobre tao-tai, añadió, no pasa buenos ratos desde hace algunos meses.

Otra partida que escoltaba otro palanquin se cruzó con la primera.

Cuando los dos palanquines se encontraron juntos, los mozos que los llevaban separaron, las cortinillas se descorrieron á la vez, y una cabeza asomó por cada portezuela.

El gobernador militar y el gobernador civil (pues este último se hallaba en el segundo vehiculo) se dijeron algunas palabras; luego las dos cabezas se ocultaron, las

—Con mucho gusto, respondí.

M. Legrand me hizo los honores de su domicilio con una afabilidad y un buen humor inalterables; me enseñó su China de bolsillo, y cuando le dejé al cabo de una hora conocia al dedillo las curiosidades de Shang-hai y de sus inmediaciones; hasta habia contemplado en todos sus detalles el famoso monumento elevado en Ning-po en honor de la diosa Ma-Taupa, y que sentia mucho no haber visto.

Regalé á mi horrible y complaciente *cicerone* un estereóscopo que recibió con demostraciones de alegria indescriptibles y haciendo gestos de gratitud que le pusieron mas feo aun, cosa que yo me habria creido imposible. Cuando nos separamos, Tsia estaba tan contento que se habria arrojado al fuego por mí.

Me vestí de toda ceremonia para volver á casa de Lao-Pé. El memorialista me prodigó las mayores muestras de estimacion y de respeto en su casa, que es muy confortable, y hablamos largo tiempo, tomando el té, del porvenir de las bellas letras en la China.

. . . . . .

¿Qué suceso tan extraordinario? ¿No es un sueño? ¿No habria yo fumado opio sin querer? ¿Es verdad que poseo el tesoro tan ardientemente deseado, y que ya solo me separan de la felicidad algunos miles de leguas que haré en dos ó tres meses? ¡Oh! ¡miss Aurora! ¿será cierto?

Anteayer volví á la tienda de porcelana, y el tendero me dijo que todos los pasos que habia dado habian sido inútiles.

—Podeis estar seguro, añadió, de que no existe en Chang-ahi lo que buscais.

—¿Y no se podria fabricar una taza exactamente igual á la que formaban estos pedazos?

© Biblioteca Nacional de España

—No; era una pieza antigua de un esmalte particular cuyo secreto se ha perdido.— Fui inmediatamente á tomar pasaje en un vapor que debia partir al dia siguiente para Petchili, y me despedí del capitan Lecoq, quien me dijo «Buen viaje» con un acento en que quiero figurarme siempre que habia cierta emocion.

Por la noche me paseaba en el muelle abandonándome á ideas bastante tristes, cuando un hombre de rostro franco y honrado, extendiendo su mano hácia una linda barca, me miró de un modo que significaba claramente:

—¿Quereis dar un paseo?

Yo incliné la cabeza en señal de afirmacion; ¿no se medita con mas sosiego en una barca que caminando á pié?

(Se continuará.)

EL SEÑOR VALERO.

Siendo hoy las funciones ejecutadas por el Sr. Valero el punto culminante del interés público, se entiende, dentro del círculo de los acaecimientos locales, á este objeto vamos á consagrar el presente artículo.

El Sr. Valero, al dar sus primeros pasos en la carrera dramática que con tanta brillantez recorre, se vió en presencia del arte, y al abarcar con su mirada inteligente la inmensa variedad de objetos que aquel encierra, y las gravísimas dificultades con que hay que luchar para adquirir el nombre de verdadero artista, comprendió que la inexperiencia cortaba los vuelos á su naciente genio, y no queriendo imitar la osadía de otros Icaros (por desgracia los mas de los que emprenden la carrera de actores) juzgó lo mejor ensayar sus fuerzas en un género que mas que estudio y conocimientos necesita aquella espontaneidad que solo dá la naturaleza. Así pues se dedicó por entonces á reproducir caractéres cómicos, y D. Agapito en la *Marcela*, *Retascon*, el primo de *Los primeros amores*, y otros semejantes, constituyeron sus primeras tareas y le alcanzaron sus primeros triunfos. Su sagacidad le habia hecho conocer que el mas caudaloso rio nace siempre de una fuente humilde, porque tal es el órden de las cosas.

Pero así como el rio no reniega jamás del hilo de agua por donde comenzó á ser lo que es, así tampoco el Sr. Valero ha renegado de su primitivo género ni lo relega al olvido. Por eso ha puesto en escena en los pasados dias algunas de aquellas producciones, bien así como el veterano general se viste con orgullo de vez en cuando el uniforme del cuerpo en el que hizo sus primeras campañas.

Pero aun dejando á un lado el placer con que se le vé ejecutar aquellos papeles, un tiempo favoritos suyos, y que viven en el recuerdo de los públicos, nosotros vemos además en esto una leccion elocuente para todo el que se lanza á la carrera del teatro; porque el Sr. Valero, como tan buen maestro, enseña siempre, hasta cuando no parece que enseña.

Es en efecto lamentable el observar que no pocos de los que se dedican á la carrera dramática, malogren acaso sus felices disposiciones por el flujo de lanzarse de buenas á primeras á la ejecucion de los papeles mas importantes y mas complicados, como si el solo talento, aun dado caso de que lo tengan, pudiera bastar para el acierto; como si no se necesitasen además, el estudio, la experiencia, el consejo de los que saben, la atenta observacion, en fin, de los buenos modelos. Con estas bases, y solamente con ellas, el actor se halla ya en el caso de crear, de hacerse un verdadero artista. De otro modo, el actor se estrellará desde el principio de su carrera, concluyendo por vegetar en el oscuro rincon de un teatro secundario, donde verá morir sus injustificadas aspiraciones. He aquí lo que se observa todos los dias.

Esta es, en nuestra humilde opinion, una de las causas de la decadencia que se nota hoy en nuestro arte dramático; decadencia que tan sinceramente lamentamos los aficionados. Al volver en torno la vista vemos aun en la escena actores de gran mérito; pero no descubrimos á los que hayan de remplazarlos un dia; y es porque el orgullo mata en flor muchas que pudieran ser esperanzas.

No se crea, sin embargo, que tenemos á esta por única causa de la decadencia de que hablamos. Ya lo hemos dicho otras cien veces: la exagerada importancia que ha adquirido la zarzuela mina por sus cimientos el edificio del verdadero teatro nacional. El actor mediano, el malo, siempre que se lance á cantar una copla de boleras está seguro de obtener una contrata pingüe en una de esas cien compañías que brotan en todas las poblaciones de España, y que hasta se salen de madre frecuentemente, yendo á cantar al son de las castañuelas en algunos teatros extranjeros. ¿A qué consagrar su vida entera al difícil estudio del arte dramático, si con infinitamente menos trabajo se gana un buen sueldo haciendo *La cola del diablo*, *El amor y el almuerzo* ó *Un caballero particular*? Los autores siguen por lo comun igual camino, y en vez de poner en prensa su ingenio y de emplear largos meses en confingir una produccion original, una obra de conciencia, ven recompensadas harto mejor sus fáciles tareas con solo el trabajo de plagiar alguna comedia ó pieza, olvidada de puro sabida, zurciendo en ella tal cual cacioncilla, que pueda cantarse al son de un bolero ó de un tango americano.

Despues de estas observaciones generales, que no nos parecen de todo punto inútiles, porque se refieren á un objeto de tanto interés como es el de la existencia, hoy comprometida, del verdadero teatro dramático español, pasemos á decir algunas palabras relativas á funciones ejecutadas desde nuestra anterior revista por el Sr. Valero y por la compañía que dirije.

Dicho actor escojió para beneficio suyo el conocido drama que lleva por título *La carcajada*.

Esta obra es una de aquellas en que el autor parece proponerse exclusivamente presentar una situacion especial donde pueda desenvolverse todo el talento imitativo de un actor; una situacion que aquilate, por decirlo así, todos sus grandes recursos; pero obra en la que, para llegar á su objeto, se cuida poco de los medios que emplea. *La carcajada pues, bajo el punto de vista del arte, dista mucho* de tener un mérito real; mas como el actor no ha de ser mas escrupuloso en este punto de lo que lo fué el autor, claro es que debió elegirlo con la sola condicion de interpretarlo segun las miras del que lo escribió.

En efecto, en el drama no se vé motivo bastante para impulsar al protagonista á que cometa un robo en la caja de su principal, porque este principal es una persona bondadosa y estima y quiere á su *dependiente, y no se prevee le haya de negar un* adelanto de mil francos para un objeto tan sagrado; por tanto, la accion camina en falso desde su principio. Pero una vez aceptada la validez de los antecedentes, ó mejor todavía, no haciendo caso de ellos, todo lo que se debe exijir es que aquella locura sea interpretada con vivos colores. Esto es lo que hace el Sr. Valero hasta el punto de conmover profundamente á los espectadores, como es bien sabido de cuantos le han visto ejecutar el drama *en cuestion*.

No hay que decir que alcanzó en él un completo triunfo, y que cayeron á sus piés infinidad de ramos de flores y algunas coronas, entre aplausos estrepitosos.

A beneficio de la excelente y simpática actriz señora Cairon, se ejecutó pocos dias há el drama *La aldea de San Lorenzo*, recientemente representada aquí con gran éxito por el Sr. Arjona. Grande asimismo cuanto legítimo fué el que alcanzó ahora en *él el Sr. Valero, y el público, entusiasmado, lo hizo* salir á la escena repetidas veces despues de todos los actos. Aunque la Sra. Cairon, con esa modestia artística que tanto la enaltece, no habia buscado una obra de gran lucimiento para ella, el público supo apreciar su abnegacion, como aprecia sus talentos, y en obsequio suyo alfombró de flores el tablado: que así puede decirse en vista de los ramos que le arrojó.

No nos queda espacio para decir algo de *Baltasar*. Será objeto de otro artículo.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION DEL N.º 11.

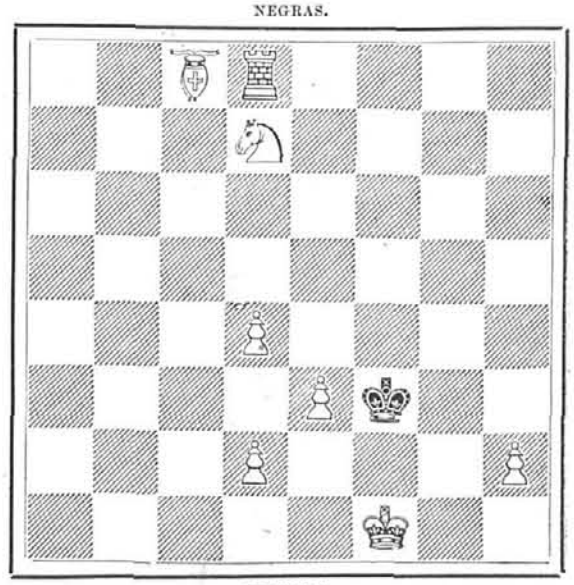
1 P 3ª R — 2 A 4ª C — 3 C 3.ª R⁸

lo que se quiera..... — R come C ó P

4 T jaque-mate.

PROBLEMA N.º 12, POR M. LAURENT (DE MONS).

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en 3 jugadas.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores que empiezan su abono en el presente mes, pueden recibir si gustan las entregas publicadas de la novela **El Corsario negro**, remitiendo á nuestro Administrador el importe de ellas, el cual es un real de vellon por cada una.

A TODA PERSONA QUE ANTES DE SUSCRIBIRSE QUIERA CONOCER A FONDO LA PUBLICACION SE LE REMITIRÁ UN NÚMERO GRÁTIS.

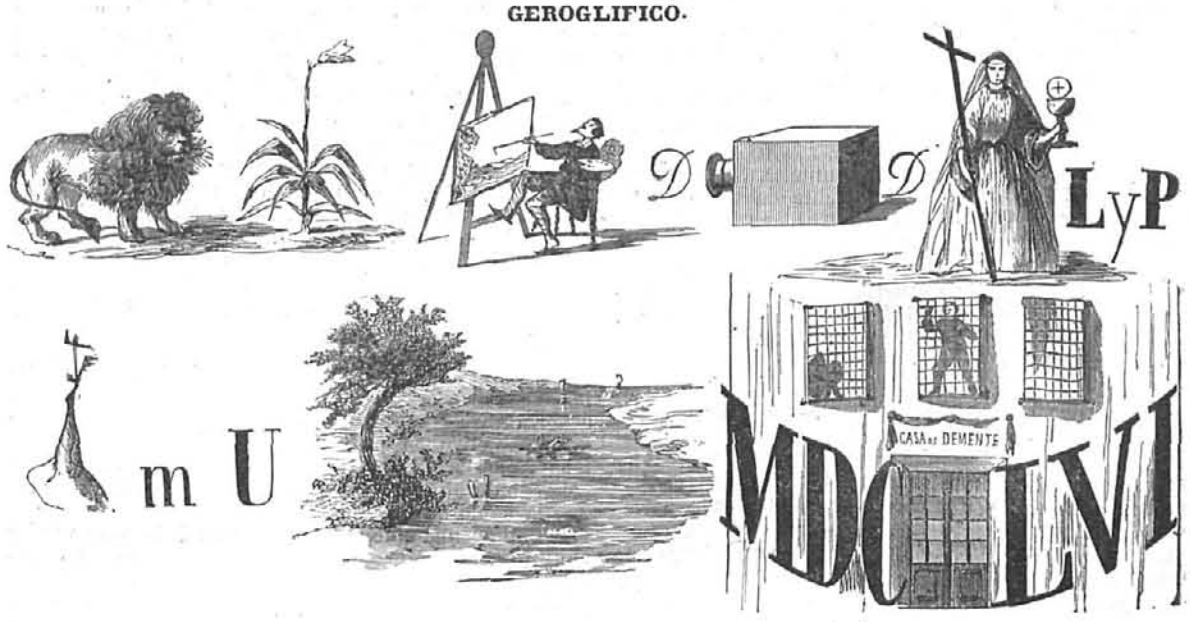
La Administracion de la Moda en Sevilla se halla establecida en casa de los Sres. Otal y compañia, Revista Mercantil, calle de Tetuan.

Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesorería ó del Giro Mutuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1863.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

GEROGLIFICO.



© Biblioteca Nacional de España

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Cadiz

© Biblioteca Nacional de España